

De actualidad

El mejor deporte físico

Al final de nuestro artículo "Pedagogía y milicia"—publicado en estas mismas columnas el día 12 de enero—prometíamosle al que se firmaba "Un equis" volver sobre lo de la educación física, "que es moral e intelectual", decíamos entonces. Sí, la educación física es moral. O mejor dicho: la educación moral es física.

De nada sirve, en efecto, pasarse el día al aire libre, haciendo ejercicio, si se pasa la noche en una taberna, en un garito o en un prostíbulo. Y por desgracia son muchos, pero muchos, los jóvenes españoles que alternan entre el deporte y la crápula.

En el libro "El Ejército y la Política" del señor conde de Romanones—y nos place citarlo por la posición social y política y la responsabilidad pública de su autor—se recuerda que "todavía tiene nuestro Ejército el privilegio de ser el primero del mundo por la mortalidad de los soldados en los cuarteles". Y más adelante añade: "La juventud española llega a los cuarteles mal preparada; y que en ellos no se le atiende debidamente, lo comprueba el coeficiente de mortalidad de nuestro Ejército". Y a seguida de esto incluye un cuadro de los promedios de coeficientes de mortalidad por 1.000 hombres del efectivo medio de la fuerza en revisión de trece naciones europeas, y en el que España figura en primer lugar con un coeficiente de 4,50 y Suecia en último con 2,60. ¡Es un cuadro que pone pavor!

¿La culpa? Esto de la culpa es muy complejo y nos llevaría lejos. A todos nos toca algo, pero lo más de la culpa viene de lo alto, de lo más alto y de lo muy alto. Y lo hemos de explicar claro, muy claro, algún día.

¿El remedio? Pensar menos en deportes y más en moralidad. Perseguir menos a las ideas y más al vicio. Porque si se dedica toda la po-

licia eficaz a perseguir el sindicalismo y a vigilar a los elementos peligrosos y perturbadores del orden social, no va a quedar quien evite, en lo posible, que se corrompa y envenene a nuestra juventud—como se la está corrompiendo y envenenando—en tabernas, bares, garitos y prostíbulos.

Fué a Palacio, a visitar al rey de los belgas, una comisión de las sociedades deportivas de Madrid y ello nos pareció a todos muy bien, pero muy bien. Y a algunos nos pareció mejor aún que entre esas sociedades no figurase la de los boyscouts o supuestos excursionistas. Porque la cosa parecía querer ser seria.

Sí, sí, todo eso de los deportes, de los ejercicios al aire libre está bien, está muy bien, está excelentemente bien, pero... Eso no basta ni mucho menos.

Hay un deporte físico que es el deporte por excelencia y el que procura mayor salud de cuerpo y de espíritu. Este deporte es el estudio, la investigación libre, la rebusca de la verdad por la verdad misma.

¿Deporte... físico? ¡Sí, deporte físico! El estudio, cuando se hace por gusto, por vocación, sin esfuerzo, es uno de los mejores deportes físicos. Como lo es la producción artística: pintar, grabar, esculpir, hñir, escribir, hacer música... Claro está que si se estudia en un chamizo helado, con mala luz, atiborrándose de café para no dejarse vencer del sueño, etc., etc.... pero eso no es culpa del estudio precisamente.

Entre las necesidades más corrientes y que más daño han hecho es aquella del que enfermó de tanto estudiar. O la del niño que se murió de puro listo, de que no le cabía el entendimiento en la cabeza. Son majaderías que han puesto en circulación los brutos para justificarse. Brutos que no por ello son sanos.

En cambio hay que oír a profesores ingleses y norteamericanos a qué consecuencias lleva el deportismo profesional en las Universidades. Los campeones con facilidad se degradan intelectualmente, y luego físicamente también. Un Hércules de feria rara vez suele ser un hombre de regular ingenio, pero, en cambio, tampoco suele ser sano ni propio para mejorar la raza.

¡Pero hay un miedo al cultivo libre de la inteligencia! Para las cla-

ses opresoras el enemigo es la idea. Por una vez que oigáis predicar—y con poco ahinco—contra la embriaguez, contra el juego, contra la prostitución, oiréis ciento barbotar ramplonerías contra las malas ideas.

¡Educación física! Sin duda... Y el Ejército podría y debería ser la institución que cuidara de ella. Y, sin duda, lo es aunque en las limitadísimas proporciones que permite la absurda vida de cuartel, de España. ¡Y en qué cuarteles...! Pero esa educación física contribuirá muy poco a la regeneración de nuestra juventud. Porque el mal está en otra parte.

¿Combatir la raíz del mal? Ah, ni bastan los deportes ni mucho menos. Y a las veces agravan el daño. Sí, lo agravan.

Y lo agravan porque hay una cierta frivolidad deportista y aseñoritada, de altísimo tono, que se acompaña de un sentido materialista de la vida—culto al negocio, al progreso materialista etc.—y de un horror a la ideación, de miedo, más bien, a la inteligencia. Miedo, sí, miedo a la inteligencia.

Y aún nos queda por penetrar más en el fondo del mal y por aclararlo. Porque se le está entonteciendo a España adrede y a posta.

Y empieza aquí a ser el mayor delito pensar libremente—o mejor, pensar—y expresar con libertad lo que se piensa. Y empieza a llamarse patriota por excelencia al que no piensa y repite ramplonerías propias para adormecer las conciencias y entenebrecer los entendimientos. ¡La Inquisición, en fin! La Inquisición de los que llamó Carducci "desvergonzadamente triviales".

MIGUEL DE UNAMUNO